

recelosos, navegando mal de su grado, idos tan lejos por un mar sin término, al impulso de un viento sin mudanzas, fatigadísimos de penetrar con su vista en rededor suyo sin hallar más signo de animación que los peces varios y las aves por casualidad llegadas, y bien pronto partidas, ¡ah! debía parecerles aquella triste alfombra puesta bajo las quillas una red echada por el diablo á sus naves, una red en cuyas traidoras mallas iban á quedarse prendidos y enganchados para siempre. Así murmuraban y murmuraban, produciéndose todos esos siniestros murmullos de disgusto, en guisa de pródromos precedentes á los estallidos terribles de la cólera. Cuando con tal obstáculo toparon, llevaban once días de no haber amainado las velas un palmo, henchidas á la continua del mismo viento. Y aunque muchas veces las sondas suyas penetraran en las aguas, no traían revelación alguna de fondo los incesantes sondeos; y eso que soltaron más de doscientas brazas en aquellas exploradoras operaciones. Así, entre lo continuo del viento, lo insondable del mar, lo espeso del sargazo, había para que los temores antiguos crecieran y para que desatinaran los atemorizados. Muy sabedores de cuantas consejas y tradiciones andaban por doquier acreditadas en achaques, marineros, temían pudiera sucederles á ellos lo sucedido al pobre San Amaro, preso con grillos de hielo, y muerto en su prisión flotante, al internarse con temeridad en el mar glacial, no tan temible como el mar tenebroso. Difícil hacerles comprender en el estado de la ciencia todos aquellos fenómenos. La geología no había sido sospechada todavía. Fuera de lo

dicho por el *Génesis* y sus comentarios acreditados en las escuelas tomistas; fuera de lo aprendido en el culto dado por los eruditos entonces á las letras humanas y al poema naturalista de Lucrecio, y á los trabajos del buen Hesiodo y á los *Metamorfoseos* de Ovidio; fuera de todo esto, no había quien interrogase á las cosas por sus orígenes, y menos quien presintiese cómo unas se derivan de otras en la serie de los seres, tan sistematizada y en su evolución lógica tan perdurable. Si les hubierais dicho que la creación todavía continúa, y mostrádoles aquella sirte vegetal con su polen generador de otras plantas y su polvillo de infusorios petrificándose al transcurso del tiempo, hasta formar con sus celdillas las madréporas componentes de islas, y archipiélagos, y tierras, os hubieran creído loco, y cerrado con vuestra demencia irremediable á burlas, cuando no á golpes. Unida un tiempo á Europa el África por lo que hoy llamamos Estrecho de Gibraltar, cual ayer mismo estaba también el Asia unida por el istmo de Suez, roto á nuestra vista; el coro de archipiélagos tendidos desde Occidente al Nuevo Mundo señala sin duda larga serie de jalones, cuyas cumbres nos muestran aquel territorio atlántide, guardado en la poesía y desaparecido en la realidad, como esos bosques enmarañados de vegetación gigantesca, entre marina y campestre, tan horrorosos á la vista de sus exploradores primeros, presentan esbozos de la constante vida universal, elevándose por el organismo inferior vegetativo al organismo superior animado, en ascensión nunca interrumpida. Mas, al encontrarse con este nuevo inesperado fenómeno, en

el cual sólo veían un misterio, como en el misterio un abismo, las gentes murmuraban á una sin tasa como Colón resistía el murmullo sin perturbaciones. Por fin vencieron el mar herbáceo y le hurtaron el cuerpo á sus peligros. Pero el terror, más ó menos disimulado, de los mareantes, no cedió; pues como en algún transcurso de tiempo se durmieron las aguas bajo aquellas capas de hojas, más tarde se durmieron los aires bajo una espantosa calma chicha. Así, los cuitados no hacían más que mirar la disminución de raciones en sus despensas, temiendo el hambre; los descensos de las aguas en sus barriles, temiendo la sed; hasta predominar sobre todos los terrores el terror al viento continuo, en la sospecha de llegar á deslizarse por el Océano infinito en una indeterminada cantidad de tiempo, durante la cual unos cayesen sobre otros en montón muertos. No hay agonía tan dolorosa como la que precede al morir desesperado por hambre y por sed. La consideración de los tormentos por venir haciales desvariar. El recuerdo de los innumerables naufragos que, lanzados al Océano en una tabla, pretendieran morder su propia carne y chupar sus propias venas en los desatinos provenientes del hambre y de la sed, les anticipaba dolores no llegados todavía, y tan acerbos en aquellas neurosis del terror, como si estuvieran presentes. Nada tan puesto en razón como que la perdurable tardanza del arribo les desgarrara los nervios y como que aquel desgarró de los nervios les impeliese atrás. Ningún marinero se había de las costas alejado hasta entonces doscientas leguas y llevaban estos cuitados ochocientas de continua separación,

Las noches de Andalucía, henchidas por las cadencias de serenatas perpetuas; el amor á las personas predilectas, entre los meridionales tan vivo; el recuerdo santo de los espacios por donde corre la infancia y ama la juventud; aquellos lejanos toques de la campana que resuenan en los oídos, acompañando todos los actos más solemnes de la vida; el culto á la familia y á sus reuniones solemnes; la evocación de tantas fiestas en la calle y en el barrio y en la parroquia; el mes mismo en que la navegación sucedía, mes de festividades religiosas tan bellas como la Natividad de María, con trabajos campestres tan fecundos como la próspera vendimia, exaltaban los ánimos y los convertían hacia los pedazos del alma perdidos atrás y por su ingratitud abandonados para lanzarse á los horrores del mar tenebroso, donde solamente sentían la desesperación, porque solamente reinaba la muerte. Los dos afectos, en la lengua nuestra señalados con las frases de nostalgia y odio á bordo, por aquella tripulación iban extendiéndose como peste y contagiándolos de unos en otros á la totalidad de ellos, sin excepción alguna. Metidos en tal cárcel flotante debían aborrecerse necesariamente sin causa ni motivo, y aborrecer todos por la causa y el motivo de haberlos metido en tantas congojas al perseverantísimo descubridor. Así, los ojos relampagueaban iras mal de su grado, y mal de su grado lanzaban las roncas gargantas blasfemias preñadas de terribles desatitos y rebeldías. Ningún hecho externo cambiaba el interno estado de los ánimos. Saludadas las primeras aves con sumo regocijo, veían pasar las subsiguientes con in-

diferencia. Ni siquiera cuando cambió el viento cambiaron las sospechas. Aunque Colón lo bendecía, magüer contrario, como demostración de la posibilidad completa del regreso, parecían demasiado violento el primero, que los alejaba de su Andalucía, y demasiado flojo este último, destinado á volverlos hacia su Andalucía. Cuando la calma chicha lo paralizaba todo, movíanse como energúmenos ellos, y cuando se movía la superficie del mar á las submarinas corrientes, ellos decían que iban llevados por el acaso al abismo, y se retorcían á la pena moral como si los descoyuntaran en un potro y los mordieran en sus carnes con enrojecidas tenazas.

Tenían razón los muchos sabios que tachaban de loco al genovés, murmuraban los marinos. En vez de atarlo á él, ataba los prevenidos en contra suya, él, con audacia de verdadero demente, á la triste suerte suya. No le guiaba más que la codicia; no se prometía sino hallar bienes y riquezas imposibles de allegar en la medianía de su talento y en lo incapaz para su oficio. Únicamente un extranjero descastado, como el Almirante, podía sacrificar, con ligereza tal, vidas españolas á sus proyectos vanos, ingeridos en el magín por una demencia cierta. Los Reyes bien se habían resistido á creerlo; pero varios cortesanos, más vanagloriosos que inteligentes, los engañaron y les persuadieron á proteger en su bondad aquel desvariado desatino. Era cosa de cogerlo por la cintura y echarlo al mar, para que diesen buena cuenta de su cuerpo los tiburones circunvagantes, los cuales acompañaban las carabelas, avisados por su instinto del próximo festín,

donde se hartarían de carne cruda y se emborracharían de sangre caliente. No había tierra, ni tales carneros, en todo aquel mar tenebroso, cuyos halagos tiraban á engañarlos con alucinaciones de luz para después en sus antros sumergirlos. Habían leguas y leguas andado, largas singladuras hecho, espacios sin fin recorrido, puesto á un rumbo y á un derrotero la proa, sin encontrar más que aguas y aguas en aquel Atlántico vacío de tierras, donde se repetía la soledad acuosa del bíblico diluvio. Nada podrá en epidémico al miedo compararse; nada, por ende, tan comunicativo y contagioso. Así, decíanse unos á otros todas estas cosas, agrandadas del labio al oído y del oído al labio. Colón, por su parte, alimentaba con la vida que hacía las sospechas que sembraba. No dormía; pues de loco señal este insomnio perpetuo. No comía; señal de alucinado, exclamaban, este ayuno. Gustaba de la soledad en donde tanto se necesita de compañía; rezaba las horas como un cura, en señal de no servir para piloto; se gloriaba de haberse inscrito en la Orden Tercera, como amortajándose, antes de morir, para una muerte próxima segura; escribía como un mago en sus papeles signos indecifrables; presagiaba fenómenos como agorero; extraía de los hechos más baladíes las consecuencias más latas, á guisa de quiromántico que saca horóscopos de manos y rayas; anunciaba felicidades nunca venidas, como cualquier gitano diciendo la buena ventura: pues había que tratarlo, bien como á un trufaldín, bailaror y bufón arlequinado y cascabelero de comedia ó danza italianas, en burlas; ó bien como á un brujo requerido por la Santa

Inquisición para entregarlo al secular brazo de la justicia y á sus bien alimentadas hogueras. La grande absorción en el pensamiento único de su alma extática; los arrobos y deliquios consiguientes á sus visiones múltiples; la mezcla rara de monje y de piloto; los rezos en el breviario y las observaciones en el cielo; sus alternativas miradas á la brújula del barco y á la cruz del Salvador; sus vigiliás en el castillo de la *Santa María*, donde remedaba unas veces á los hechiceros con sus signos diabólicos y otras veces á los santos con sus plegarias místicas; el menosprecio á todo cuanto no fuera su viaje; las intensas alucinaciones de su vista; las palabras incoherentes de sus labios; todo el sér suyo acreditaba la sospecha, en aquella gente arraigadísima, de habérselas con un loco, el cual á todos los había perdido con su incurable locura. En vista de todo esto, las murmuraciones iban á las amenazas y las amenazas presagiaban tumultos. Colón oponía siempre á tal estado de ánimo en su tripulación el desdén connatural á la idea interna de su propia suficiencia y á la seguridad completa de un éxito afortunado en sus empresas. Á la mirada sugerida por el odio, respondía con otra mirada sugerida por su altivez, y á cualquier gesto de amenaza con aquel aire de majestad é imperio congénito á su naturaleza y propio de su oficio. Cuando le oponían objeciones respetuosas, respondíales con evangélica mansedumbre, según las opuestas calidades y condiciones de su alma extraordinaria verdaderamente sublime. Mientras le circuían y escuchaban, hipnotizábales con el efluvio material del resplandor de sus ojos y con el efluvio intelec-

tual del poder de su elocuencia; pero, en cuanto se recluía en el soberbio pedestal de su cargo é indispensable á su estudio, libres del ascendiente sobre la suma de voluntades varias ejercido por una poderosísima voluntad individual como la suya, volvían á las andadas y murmuraban de lo lindo, aunque sin atreverse al desacato y sin arriesgarse al tumulto. Y aunque la fuerza de las objeciones marineras fuese mucha, no era menos la fuerza con que aquel agudo ingenio de Colón las desviaba cuando no las deshacía. Como desvaneció el recelo por las erupciones del Teyde con ejemplos empréstados al Etna y al Vesubio; el recelo por las agujas imanadas con los movimientos en las constelaciones donde brilla la estrella polar; el recelo por las aguas herbáceas con la certeza y casi evidencia de que la tierra estaba próxima; el recelo por la permanencia del viento alisio con la promesa del contrario así que arribasen á otras latitudes; el recelo por los meteoros parecidos á volcanes aéreos y errantes por las explicaciones pedidas á su ciencia cosmográfica; el recelo por los oleajes violentísimos en las aguas cuando carecía de aire casi la enrarecida atmósfera con adivinaciones sobrenaturales casi de las corrientes que fluyen allá en las entrañas oceánicas; todos los recelos con pruebas extraídas de sus conocimientos ó con fulguraciones bellísimas de su imaginación, si no con frases agudas de su penetrante ingenio italiano y con cálculos más ó menos verdaderos de su saber matemático; mas, hecho todo esto y cumplido, exaltábase hasta tocar en la transfiguración, y transfigurado por su fe interior, presentaba, ya paraísos voluptuosos,

como Mahoma, ya ciudades áureas, como Marco Polo, ya églogas bienaventuradas, como Virgilio; ya edades felices, como la sibila de Cumas, ya dilatación del nombre de Dios por tribus remotas, como Daniel é Isaías, ya deliquios por el amor de Dios sugeridos, como San Francisco de Asís, ya proyectos de reconquistar el Santo Sepulcro, como Godofredo de Buillón, cosmógrafo, matemático, vidente, profeta y mercader al mismo tiempo. En estos coloquios y con estos discursos fácilmente detenía la catarata de pasiones embravecidas que tronaba sobre su persona. Pero, en cuanto desaparecían los tripulantes de su vista ó se despegaban de sus frases, ó no iban por cualquier motivo á su presencia, reunidos en la parte de barco reservada por los usos náuticos á la tripulación, volvían á las andadas y se tornaban airados al extremo de pensar en proposiciones de regreso, puesto que habían llegado adonde antes nadie llegara y cerciorándose con evidencia de cómo por ciertas latitudes únicamente hay cielo y mar que nunca jamás concluyen. Puntillosos como buenos españoles, temerarios como buenos marinos, locuaces como buenos andaluces, la fuerza interior opuesta, en resumen, al proyecto de regreso, era la negra honrilla, el temor de que los llamasen cobardes, calificativo inaplicable á quienes, como ellos, entraran en el mar tenebroso y estuvieran allí dos meses consecutivos, desafiando las cóleras del Universo con audacia sin ejemplo en la Historia y tentando con aquella exploración á Dios. Lo cierto es, lo indudable, lo averiguado, que se reunieron en son de protesta y que formularon, de manera más ó menos res-

petuosa, pero de manera clara, un retroceso á Oriente, donde nuestra España está, dejándose ya de aquella continua navegación hacia Occidente, tan larga y tan inútil, y en cuyas incidencias únicamente habían descubierto aires sin límite, aguas sin fondo, la extensión infinita, el insondable abismo, el inmenso lecho donde se revolcaba un mar sin término y sin riberas, parecido al caos genésico en que las ondas hervían y rafagueaban los huracanes por una inacabable soledad.

Numerosos escritores han descubierto en tales hechos, propios de toda empresa muy arriesgada, margen para urdir dramas y novelas de sumo interés, y han puesto aquí un verdadero motín, terminado por un desenlace muy dramático, la demanda de plazo brevísimo por Colón, plazo de tres días, tras los cuales, de no topar con las requeridas Indias habría de rendirse á discreción el engañador y entregarse al arbitrio de los rebeldes juramentados para descuartizar su cuerpo y echarlo á los peces, echo lo cual, tornarían su rumbo á España, donde habrían de hallar triunfal acogida por este acto de justicia inferido en alta mar á un tan redomado embustero. La especie corrió desde luengo tiempo en boga y el público rumor la repitió con insistencia. Oviedo, un tantico novelador, la ingirió en su Historia con su resuelto amor á todo lo dramático. Y los más versados en este período tan interesante de nuestras crónicas, creerían quitarle interés histórico elidiendo el cuadro de un Colón asaltado por marineros, los cuales agitan hachas amenazadoras sobre su cabeza casi herida, reduciéndolo por la fuerza bru-

ta y el número superior de los amotinados á pedirles un plazo angustioso de tres días para terminar su obra, el cual plazo, con su brevedad y con su angustia, movía el corazón de los curiosos leyentes á trágicas emociones, muy buscadas en las amenas lecturas. Pero, sintiendo mucho quitarle interés á la historia, debemos decir, en Dios y en conciencia, sin reservas de ningún género, haber en todas las investigaciones hechas por nuestro ministerio de historiador, encontrado las murmuraciones ya conmemoradas, pero no el motín, si creemos al testimonio de lo escrito en aquellos días y á lo por aquellas gentes certificado. Murmuraron mucho del Almirante, y aun lo requirieron á la vuelta, pero sin asomo de irreverencia ó desacato, ni menos de subversión ó tumulto. Este reconocimiento de la verdad no empece á la indispensable atestiguación de una demanda formal y solemne del regreso, impuesto, tras la frustración y marro del viaje, por una imposibilidad patente del deseado logro; pero nada de conjuración, de acuerdo, de motín y pronunciamientos. Las proposiciones contrarias á su resolución y á su rumbo y á su plan debieron dirigírsele, sino con carácter irreverente y tumultuario, con carácter de apremio impacientísimo, cuando el Almirante se vió constreñido mal de su grado á reunir un consejo y pedirle para continuar la expedición sus luces y para someter los ánimos su auxilio. No hay sino abrir los testimonios fehacientes en la materia histórica del primer viaje, para persuadirse á creer la tesis de que hubo murmuraciones, inspiradas por el deseo vivísimo de virar en redondo hacia España,

pero no manifestación tumultuaria y facciosa de semejante deseo. Pedro Bilbao, vizcaíno, tripulante de la carabela capitana, refiere haber oído muchas veces que algunos pilotos y marineros querían volverse, si no fuera por el Almirante, que les prometió dones. García Alonso, de Palos, oyó decir entre sí á los marineros que venían perdidos y el Almirante les respondió que les daría presto tierra. En las probanzas, donde tantos compañeros de Colón atestiguan, uno sólo habla de motín y de sublevación en armas, pero por oídas y de referencia, pues no asistió al primero y más glorioso de todos los viajes. Tras larga consulta sobre tal incidente y prolija confrontación entre diversos papeles, deduzco yo que no sobrevino motín alguno, aunque sobrevinieron muchas murmuraciones y requerimientos, por lo cual me atengo al relato de tal escena, hecho por el erudito investigador Fernández Duro, en su informe sobre las relaciones entre Pinzón y el Almirante, al iniciarse y concluirse la primera exploración del mar tenebroso y el primer encuentro de América. Se funda toda la referencia del académico historiador en las atestiguaciones más sinceras y más dignas de crédito, expresadas por el piloto, retirado á Santo Domingo, Hernán Pérez Mateos, que las dió tal como las guardaba su memoria, cercano por su edad á presentarse al divino Juez y sabiendo cuánto se pena en el otro mundo y cómo nos deshonra en éste la mentira. Con efecto, la tripulación del buque almirante pedía la vuelta, insistiendo mucho y muy alto en su petición. Hay quien ha querido aminorar la ceguera de aquellas